

Tres

Luis Chumacero González Durán

Las primeras búsquedas de la voz lírica se acercan a los territorios existenciales en los que el diálogo con la otredad —ya sea a través del amor, la pérdida o la memoria— se da de manera más vertical y profunda, dominada por la intuición y el asombro a partes iguales, como se advierte en este poema en prosa del muy joven escritor Luis Chumacero González Durán.

Tengo miedo de tocarlo. Tengo miedo de que al tocarlo se rompa. Tengo miedo de quebrar el recuerdo.

Cuando todavía sonaba la música éramos tres. Ella estaba en su cuarto, de ahí venía la música. Sonaba a palabras extrañamente familiares, al misterio de mi madre. Nosotros dos estábamos en el otro cuarto. Escuchábamos la música y la fundíamos con la amalgama de nuestra fantasía, de anillos y de destinos, de pasajes por las entrañas de la tierra, de luces ignotas y de magia. Éramos niños.

Puedo ver nuestras cabezas inclinadas en el ensimismamiento del juego. Puedo imaginar nuestros labios moviéndose para pronunciar las palabras de un personaje entre nuestras manos. Puedo todavía sentir algo del trance de tres que fueron trescientos, y de una alco-ba que contenía todos los mundos imposibles.

El tiempo no es una línea recta porque con el tiempo la línea se ha quebrado. Salta, como si sólo quedaran pedazos inconexos de su trayectoria, y las imágenes se alternan sin un orden preciso. Hay, no obstante, una continuidad: somos nosotros, es esa música y son nuestros juegos de niños.

La música ya no cifra el misterio de mi madre, ahora es una parte de su herencia. Es un memento de mis hermanos, es un vistazo punzantemente agudo a un

tiempo en la vida de mi hermana: su puerta a veces abierta, a veces a cal y canto cerrada, sus objetos sobre repisas anchas de madera pintada de blanco, su olor a la primavera que no llegó nunca a nuestra tierra y su sonrisa enmarcada en frenos metálicos; sus épocas, como si fueran las metamorfosis arquitectónicas de una ciudad, un año con todas sus estaciones o un mar con sus mareas.

Lo curioso de la memoria es que puede vencer la ruptura de la línea, la puede arrebatar al resquebraje del tiempo. Puede devolverme nuestras cabezas inclinadas en el ensimismamiento del juego. Puede darme otra vez esa sensación inefable, de cálido abrigo, de expectativa ante el mundo, de felicidad honda como un origen, que fue sentir ser niño.

Como arrebatos que son, los recuerdos no serán jamás la línea del tiempo en su entereza. Lo muerto que queda, queda en muerte vivo. Cambia, crece, disminuye, quizá vuelve a morir de una muerte más definitiva.

Al tiempo le raptamos con la memoria lo que él con su paso raptó de nuestras vidas. Pescamos, con el anzuelo de una imagen, una canción o un aroma, en sus aguas. Pero el tiempo no paga un rescate por lo que le hemos quitado, sabe que nuestros rehenes son fugaces y están muriendo con nosotros. **u**